

ALARCÓN SIERRA, Rafael, *Una rana viajera. Las crónicas y los libros de viaje de Julio Camba*, Sevilla, Renacimiento (col. Iluminaciones, 59), 2010. 175 pp.

Perteneció a una época en que los periódicos se hacían con mucha cafeína, pluma estilográfica y linotipia. Julio Camba, uno de los escritores en prensa más relevantes de la primera mitad del siglo XX, fue menos un catador de paisajes que un ágil pesquisidor de caracteres y fisonomías humanas. Dejó muestras de su finura en cabeceras de diversa ideología, como *La Tribuna*, *El Mundo*, *El Sol*, *ABC* o *La Vanguardia*, y después de millares de artículos terminó sus días en una habitación del Palace, varado en sus maletas, lector de revistas en inglés, solitario y escéptico, como lo describe César González Ruano en uno de sus impagables retratos. Notable jugador de póker, sonreiría tal vez al comprobar que la suerte comienza a no serle tan adversa, ya que, poco a poco, su obra es reeditada y estudiada con esmero. Es lo que hace Rafael Alarcón Sierra, autor de trabajos imprescindibles sobre el Modernismo, y que nos entrega a este Camba en quince lecciones. Su ensayo, bien trabado y escrito con fluidez, puede leerse también como una personal antología, pues hace honor a la doble acepción del verbo *enseñar*: su ejercicio de crítica literaria nos revela las claves del autor mostrándolo con largueza, enseñándolo copiosamente.

En los primeros capítulos Alarcón Sierra examina la poética cambiana de la crónica, así como los resortes característicos de su estilo y los rasgos de su lengua. En primer lugar, advierte la muy significativa manera en que están armados sus tres primeros libros, publicados por la editorial Renacimiento, que dirigía Gregorio Martínez Sierra (el impulsor en 1948 de aquellas muy incompletas *Obras completas*): *Alemania*, *Londres*, *Playas ciudades y montañas*, todos de 1916. En ellos se altera el orden cronológico original del periódico y se organiza el material de acuerdo con una visión menos pegada a la actualidad, lo que contribuye a leer las crónicas de forma nueva. Ahora bien, no sabemos si Camba intervino en la selección y estructuración de estos materiales, o si fue en realidad tarea exclusiva de la editorial, cosa perfectamente verosímil teniendo en cuenta que al gallego le interesaba más la gastronomía y correr mundos que la literatura propiamente dicha (“Si la literatura puede enriquecerle a uno, es únicamente a condición de que uno abandone la literatura”, proclamará). Era un hombre enamorado de la inmanencia. Y ello pese a una indudable conciencia de escritor, como pone de relieve la fuerte subjetividad que impregna sus crónicas viajeras y sus columnas. Porque en Camba, el didactismo y la nota informativa que vertebran el género se halla atravesada por una sensibilidad galaica y ácrata que había moldeado en los hornos de sus lecturas simbolistas de juventud, dejando en un segundo plano la realidad exterior y agudizando una mirada propia, socarrona e intransferible. Camba es antiromántico siempre que se desprenda de este rótulo su distanciamiento de ciertas convenciones finiseculares atrincheradas en un patetismo gastado. Tal vez sería mejor nombrarlo como un neorromántico que busca un sutil equilibrio entre el corazón y la cabeza,

purgando y desautomatizando un género híbrido y muy proclive a los clichés como la literatura de viajes. Por ese motivo, lo primero que desmiente su escritura es la eficacia formativa del viaje, aspecto en el que tanto insistieron los románticos. No hay más tema en Camba que él mismo.

Se analizan aquí con tino los dos pivotes sobre los que, a mi modo de ver, gira su escritura viajera: el juego de perspectivas y el uso de la paradoja, complementada a veces por el retruécano. Camba no sólo anota cómo un español ve al resto de los europeos o a los norteamericanos, sino que ofrece cambios de enfoque permanentes en los que el sentido de la otredad se sitúa en el eje mismo del artículo, en un juego malabar de máscaras, caricaturas y estereotipos. Fue siempre un superviviente que se negó a comportarse como un intelectual por una cuestión íntima, de *pathos*. Vivía en España como un extranjero y en el extranjero como un español que se siente juzgado en su fuero interno. Al fin y al cabo, la paradoja, cuyo uso extrema, no es sino un recurso de la mirada en la que el ojo se acerca al objeto consabido y lo invierte de súbito, provocando una transformación profunda de la percepción, un *ojo en embudo*. No sólo la lógica exhibe su absurdo, sino que éste ejemplifica en ocasiones el predominio de una lógica que por oblicua no es menos tentadora y firme. Dentro de ese patio de vecindad que es Europa, su posición escéptica lo aleja tanto de las soluciones castizas como de las europeizantes, y es así porque combina simultáneamente dos perspectivas que matizan el regeneracionismo. Es cierto que ridiculiza ciertas costumbres desde una plataforma que quintaesencia el espíritu artístico mediterráneo frente a lo árido anglosajón; pero cuando mira a España desde la atalaya de otro país más avanzado, su prosa no se enquistaba en la belleza pintoresca del hambre.

A continuación, se revisan por separado cada uno de los libros cuyos títulos son alusivos al país de referencia de las crónicas. Además de engastar en su prosa extranjerismos varios —con frecuencia el oído le traiciona y los transcribe mal—, Camba se vale habitualmente de imágenes sintetizadoras que funcionan como un *zoom* o una sinécdoque para bosquejar la psicología de una nación. A mi juicio, su escritura es abordable desde el comparatismo, ya que sienta las bases de la moderna imagología, recreando constantemente imágenes mentales o imatopos (asunto éste que habría que investigar con detenimiento). Así, el inglés, metódico y sistemático, es una máquina; París es el champagne, festivo y burbujeante; Munich es la cerveza, al contrario que Berlín, fuerte y pesado. Camba, que despreciaba el cocido y amaba la mantequilla, en realidad ve con las papilas gustativas. Se encuentra más cómodo en Italia, donde alaba la melodía de su lengua, y en París, donde nos cuenta sus flirteos con una florista. El exceso, el dinero y el aplastante dominio de la técnica sobre lo humano le horrorizan de Nueva York, como a otros tantos viajeros coetáneos. Para él Nueva York es una teoría —la de la alienación y la del hombre-masa—, pero ante la cual se siente también atraído, haciendo gala de un sentimiento de ambigüedad parejo al de Baudelaire frente a París. “Nueva York es una ciudad

que me irrita, pero que me atrae de un modo irresistible”, señala en *La ciudad automática*. ¿La atracción del mal?

La investigación sobre Camba aún tiene que recorrer muchas leguas. Por lo que respecta a las crónicas, considero que son necesarios más análisis intertextuales, en dos vertientes distintas, y vinculados muchas veces a la parodia: la huella del noventayochismo (Camba no es sólo azoriniano en la sintaxis) y la de una amplísima literatura de viajes, que registra Alarcón Sierra minuciosamente para el caso neoyorkino, pero que sería conveniente extender a los libros europeos. Me refiero no sólo a los *Cuadros de viaje* de Heine en relación con Alemania, sino también a *De l'Allemagne*, de Madame Staël, y a los escritos de Taine y Eça de Queiroz sobre Inglaterra, entre otros. Me parecen también muy necesarios, sobre todo para el caso de las columnas, análisis en profundidad de su retórica argumentativa con las herramientas de la lingüística del texto y de la pragmática. De esa forma, se podrán contrastar debidamente los usos del humorismo dentro del contexto comunicativo que articula el periódico. Por lo demás, la primera etapa cambiana, la anarquista, continúa estando en penumbra.

El libro de Alarcón Sierra supone, por todo lo dicho, un estímulo para los pocos que nos hemos acercado a la obra de Julio Camba, desde metodologías e intereses distintos. Esperemos que el rigor y el buen hacer filológico de estas páginas se extiendan a las que prepara sobre Jacinto Miquelarena, un humorista que sigue en el limbo editorial desde aquel día fatídico en que la depresión le indujo a arrojarle a las vías del metro parisino.

José Antonio LLERA  
Universidad Complutense de Madrid

DÍEZ DE REVENGA, Francisco Javier: *Los poetas del 27, clásicos y modernos*, Murcia, Ediciones Tres Fronteras, 2009. 272 pp.

Es un hecho sabido que la historiografía literaria española se ha construido sobre la meseta generacional. Una de esas generaciones totémicas es sin duda la del 27 y tiene al profesor Díez de Revenga por uno de sus más consumados especialistas. No sólo se nos ilumina acerca de temas centrales en este océano inagotable para el buen pescador que sabe dónde y cómo colocar la red, sino que se exploran determinados aspectos que aún no habían recibido la merecida atención crítica. En el prólogo se establecen las pautas programáticas que fijan el modo de acercarse a la creación de esta cosmogonía literaria. Tres son los vértices que sintetizan la poética del 27: innovación, renovación y recuperación. Impulso vanguardista corregido por la lectura atenta de la tradición. Son poetas modernos que, en su avance, miran hacia las fuentes del pasado. Ya Octavio Paz sentó las bases que cuestionan la antinomia